

DON
AMBROSIO MONTT

FISCAL DE LA CORTE SUPREMA

Y LOS

SAQUEOS DE SANTIAGO



VALPARAISO
IMPRENTA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO
DE RECAREDO S. TORNERO

1894

BIB 228767

MOON

AMBROSIO MONTT

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1967

DEPARTMENT OF BIOLOGY

1967

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

DEPARTMENT OF BIOLOGY

Don Ambrosio Montt y los saqueos de Santiago



DON

AMBROSIO MONTT

FISCAL DE LA CORTE SUPREMA

Y LOS

SAQUEOS DE SANTIAGO



VALPARAISO

IMPRESA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO

DE RECAREDO S. TORNERO

—
1894





DON AMBROSIO MONTT

FISCAL DE LA CORTE SUPREMA

Y LOS SAQUEOS DE SANTIAGO



(Este artículo ha sido publicado en los diarios
"El Tamaya" de Ovalle, "El San Felipeño" de San Felipe
y "La Actualidad" de Valparaíso).

El inmenso saqueo verificado por listas en la capital de Chile el 29 de Agosto de 1891, en los hogares de los liberales vencidos, ha sido un crimen tan horrendo que es un deber primordial de todo chileno honrado el procurar esclarecer aquellos sucesos hasta en sus menores detalles, para que caiga la tremenda responsabilidad sobre quien realmente la tenga.

Vamos a referir una escena ocurrida en la sala de despacho del Presidente de la República, en la

mañana del día ya recordado y tan triste para Santiago.

De la narración que vamos a hacer, resulta otro gran culpable en el abominable crimen de los saqueos, y es necesario que el país lo conozca.

Declaramos de la manera mas solemne que al referir el suceso no nos mueve ningun sentimiento personal de venganza, sino el amor sincero por dejar bien esclarecido un hecho histórico que dará tema a las jeneraciones venideras para muchos estudios sobre el estravío loco de las malas pasiones avivadas por mezquinos intereses.

Hacia pocos minutos que los relojes públicos de la ciudad habian dado las nueve de la mañana, y el jeneral don Manuel Baquedano se paseaba solo de un extremo a otro de la sala de despacho del Presidente de la República, diseñándose en su fisonomía un aire de profunda tristeza.

Parecia que esperaba con impaciencia a los señores Francisco Echáurren Huidobro y Alvaro Covarrúbias, a quienes pocos momentos antes habia mandado llamar con dos de sus ayudantes.

En la puerta entreabierta de la gran sala varios ayudantes aguardaban órdenes, y tenian sus miradas fijas hasta en los menores jestos del jeneral.

En esos precisos instantes llega don Máximo R.

Lira, y penetra precipitadamente en la sala, saludando con efusion al jeneral.

Lira, un tanto desorientado, y con febril ajitacion, le dice a aquel:

—¿Qué hacemos, jeneral; ha dispuesto algo?

—¡Ah! sí, sí, se guardará el orden, sí, el orden, respondió el jeneral.

Acto contínuo, casi a un tiempo, se presentaron don Francisco Echáurren Huidobro y don Alvaro Covarrúbias.

La presencia de estos últimos personajes avivó visiblemente el ánimo del jeneral, y se conocia que los esperaba para proceder a tomar medidas conducentes a dominar la difícil situacion.

Colocándose Covarrúbias a la derecha del jeneral y Echáurren Huidobro a la izquierda, se pasean por la sala y hablan en voz un tanto baja que no se alcanzaba a escuchar por los ayudantes que permanecian en la puerta de la sala.

Máximo R. Lira se quedó hácia un extremo de la sala, como en segundo término.

Ninguna orden se habia impartido todavía cuando se presentan tambien don Ambrosio Montt, uno de los actuales fiscales en ejercicio de la Corte Suprema, y el liliputiense don Carlos T. Robinet, el

de todas las bodas, chicas y grandes, de este y del otro lado del Mapocho.

Don Ambrosio Montt, levantando la voz, principió a decirle al jeneral Baquedano que era menester proceder a tomar medidas de organizacion administrativa mui rápidamente.

Sin que el jeneral Baquedano le hiciera observacion alguna, se sienta en la misma silla en que despachaba el Presidente de la República, coje papel y principia a escribir.

Tomaron asiento tambien al lado de Montt, don Máximo R. Lira a la derecha, y don Cárlos T. Robinet a la izquierda.

Entre tanto los señores Echáurren Huidobro y Covarrúbias, miraban como sorprendidos los movimientos de Montt y sus compañeros.

Parecia que se leia en sus semblantes que decian: ¿y éstos que hacen?

En esas circunstancias apareció don Cárlos Walker Martinez mui ajitado, haciendo movimientos violentos con los brazos, como un loco.

Al penetrar al salon Walker Martinez, el coronel Lopetegui, que se habia constituido de oficio en edecan, le sale al encuentro esclamando:

—Al fin cayó el tirano, señor don Cárlos.

Y le estira la mano.

Walker Martinez le rehusa la mano y le responde con altanería:

—Sí, pero le hemos pagado bien, coronel.

Y continuó adelante.

Aquel desprecio ¡qué tremendo castigo fué para el traidor!

Walker Martinez, al entrar al salon, le dice al jeneral Baquedano:

—Están saqueando, jeneral, la casa de doña Encarnacion Fernandez de Balmaceda, y no he podido contener la multitud.

Don Alvaro Covarrúbias se alarmó sobremanera con aquella noticia, y con voz conmovida, clara, y levantada, dijo:

—Jeneral Baquedano: eso no se puede tolerar. Si se saquea, la revolucion echará sobre sí una gran responsabilidad, y eso será un negro baldon, una ignominia. Es preciso, jeneral, adoptar medidas enérgicas y rápidas para evitar ese crimen.

El señor Echáurren Huidobro, secundando a Covarrúbias con acentuacion, agregó:

—Sí, jeneral, seria un crimen el saqueo.

El jeneral Baquedano contestó:

—Sí, el saqueo, nó, nó.

Cárlos Walker Martinez que, con hipocresía satánica, habia venido a dar cuenta al jeneral Ba-

quedano del principio de los saqueos, y manifestado que habia tratado de impedir aquel crimen en la casa de la señora Encarnacion Fernandez de Balmaceda, al oir las protestas de los señores Echáurren Huidobro y Covarrúbias, saltó como una vívora picada en la cabeza y con voz estentórea exclamó:

—Cómo que evitemos los saqueos; nó señores. Esa seria una imbecilidad de nuestra parte. Que el pueblo se haga justicia y que arracén con todos los hogares de los secuaces del tirano.

No bien habia terminado Walker Martinez aquella corta y salvaje arenga, cuando don Ambrosio Montt se paró violentamente de su asiento, e increpando al jeneral Baquedano, le agrega:

—Sí, jeneral, deje al pueblo que saquee y que no deje piedra en los hogares de los que sostuvieron la dictadura.

Las voces de Máximo R. Lira y Cárlos T. Robinet, hacen coro a la de don Ambrosio Montt.

Cuando se producía aquella escena, penetran en la gran sala no menos de treinta o cuarenta personas, y se produce una gran confusion, uniéndose muchas voces unánimes a la de Montt, Walker Martinez, Lira y Robinet que gritaban desahogado-mente.

Indudablemente que el jeneral Baquedano al oír a los señores Echáurren Huidobro y Covarrúbias, se impresionó vivamente, y habría adoptado medidas enérgicas para evitar el saqueo a no haber intervenido don Ambrosio Montt.

Por manera que ante el país sensato y ante la historia será un gran culpable de los saqueos de Santiago don Ambrosio Montt.

Y es tanto más culpable cuanto que durante el período de la revolución estuvo paseando y gozando en su casa, percibiendo tranquilamente durante seis meses el sueldo de Fiscal de la Corte Suprema.

Ese hombre que aparecía manso como una paloma cuando la lucha estaba indecisa, a la hora del triunfo se presenta más cruel que un Neron.

Los hechos que dejamos narrados, han sido presenciados por varios ayudantes del jeneral Baquedano, y a su tiempo ratificarán bajo sus firmas, lo que dejamos espuesto.

Desde que se produjo el incidente en que el protagonista fué don Ambrosio Montt, el papel que representaron después los señores Echáurren Huidobro y Cavarrúbias, fué en absoluto desairado.

Ambrosio Montt, Máximo R. Lira y Carlos T. Robinet, volvieron a ocupar sus asientos y a de-

cretar destituciones de diplomáticos, intendentes, etc., y a hacer nombramientos.

De cuando en cuando se paraba de la mesa Lira o Robinet y llevando al jeneral Baquedano en medio de la confusion algun pliego, le decian:

—Jeneral, firme aquí, es el nombramiento o la destitucion de Zutano.

El jeneral se aproximaba a la mesa y firmaba, agregando:

—Bien, bien.

¡Y don Ambrosio Montt es Fiscal de la Corte Suprema de Chile!

Ahora nos esplicamos que en el memorable acuerdo de la Corte Suprema, de 14 de Enero de 1892, don Ambrosio Montt, en union de don José María Barceló y de don José Alfonso, hubiera acatado servilmente el decreto de 4 de Setiembre de 1891, a virtud del cual la Junta de Gobierno destituyó a veintidos miembros de los Tribunales Superiores de Justicia y a mas de cien jueces de letras.

Para el que creyó que eran lícitos los saqueos de Santiago, era cuestion nimia que se destituyeran ciento veintidos o mas miembros de los Tribunales de justicia, inamovibles por la Constitucion Política del Estado.

La sociedad de la capital siempre habia tenido a

don Ambrosio Montt por un hombre galante, aunque un tanto exagerado, buen narrador de chistes y refranes, hasta por gracioso, aunque empalagoso; pero no lo tenía por cruel, por terriblemente cruel, bajo la nueva faz con que se presentó o se dió a conocer en la triste mañana del 29 de Agosto de 1891.

Sin embargo, a este propósito, un amigo nos ha recordado un cuento de don Ambrosio, en que se pintaba él mismo como un hombre de fierro o mui duro.

Nos decia que un buen dia de otoño se paseaba en Viña del Mar con don Ambrosio Montt, y se tocó la cuestion sobre los diversos caractéres de ciertos hombres públicos.

Se hacia referencia a los señores José Victorino Lastarria y José Manuel Balmaceda.

—Vea usted, mi amigo, le dijo don Ambrosio Montt, el compadre Lastarria parece que tuviera un carácter mui sostenido y fuera de fierro, y no es sino *una caña pintada de fierro*. En cuanto a Balmaceda, que a veces parece tener un gran carácter, y en otras se presenta como un hombre bondadoso y débil, no es mas que *una caña pintada de caña*, es hombre mui bueno.

—Y bien, mi amigo don Ambrosio, le interrump-

pió su interlocutor, ¿y usted cómo se clasifica? dígamele con franqueza.

—¡Ah! mi amigo. A mí me tienen por débil, pero sufren un gran equívoco. Yo soi un *fierro pintado de caña*

En efecto, don Ambrosio Montt, al alentar los saqueos, ha demostrado ser un fierro por su estremada, por su refinada crueldad; pero su reputacion ha quedado... cubierta de... color de caña, es decir, don Ambrosio Montt es por su dureza un *fierro pintado de caña*...

El pais sabrá a qué atenerse con respecto a don Ambrosio Montt, y sobre él caerá toda la maldicion de la jente honrada.

La tremenda responsabilidad de los saqueos de Santiago siempre pesará sobre el jeneral Baquedano, que con enerjía pudo evitar ese gran crimen, rechazando la insinuacion o el consejo satánico del actual Fiscal de la Corte Suprema, don Ambrosio Montt.



OBSERVACION.

Es digno de recordarse que mientras el éxito de la revolucion estuvo indeciso, don Ambrosio Montt percibió mes a mes su sueldo de Fiscal de la Corte Suprema; y cuando alguien le interrogaba sobre su modo de pensar en lo referente a la situacion política, decia: "*Soi inglés en esta tierra y no opino nada.*"

Sin embargo, el finjido *inglés*, una vez que triunfó la revolucion, se tornó en un energúmeno, dando rienda suelta a sus feroces instintos de hacer mal a sus adversarios por darse el placer de causar daño.

Y todavía el finjido inglés gastó un anhelo infatigable por colocar a todos sus deudos en los mejores puestos públicos con pingües rentas. Baste solo con mencionar que a un hijo suyo que era un humilde escribiente con una pequeña renta del Estado, lo elevó al puesto de secretario de la Exema. Corte Suprema, que actualmente desempeña.

El plumario asalariado de 1859 que colmó de injurias a los liberales vencidos en Cerro Grande en aquel famoso panfleto titulado "*El Gobierno y la Revolucion,*" en que trataba de paliar los enormes abusos de la administracion de don Manuel Montt, ha sido el mismo de siempre, y por eso la opinion pública lo ha mirado durante su vida entera con soberano desden.

